

Discos

Clásicos de la música chilena llegan al disco

por Daniel Quiroga

La reciente edición de los dos primeros discos Long Play de la Antología de la Música Chilena, editada y distribuida en el extranjero por la Facultad de Ciencias y Artes Musicales y de la representación, de la Universidad de Chile, y el Ministerio de Relaciones Exteriores, pone en circulación seis obras sinfónicas de otros tantos compositores y Premios Nacionales de Arte.

Por eso puede llamárseles ya "clásicos" de nuestra música, aunque pertenezcan a generaciones vivientes o del pasado inmediato. En rigor, son obras producidas en los primeros cincuenta años de este siglo, en una época singularmente rica en movimientos sociales y culturales que dejaron profunda huella en la evolución de nuestro país. Los contactos intelectuales con la cultura europea, mantenidos por Chile desde sus primeros años de vida independiente, trajeron en estos años y particularmente entre las dos guerras mundiales, inquietudes artísticas que se manifestaron en la música nacional en muy variada forma.

La reciente entrega, comprende seis composiciones: de Enrique Soro, *Concierto* para piano y orquesta; de Alfonso Leng, *La Muerte de Alsino*; de Pedro H. Allende, *La Voz de las Calles*; de Domingo Santa Cruz, *Preludios Dramáticos*; de Acario Cotapos, *Tres Movimientos Sinfónicos*; y de Alfonso Letelier, *Preludios Vegetales*. Las grabaciones fueron realizadas por la Orquesta Sinfónica de la Universidad de Chile, bajo la dirección de Victor Tevah. En el *Concierto* de Soro, la parte solista fue encargada a la destacada concertista Herminia Raccagni, actualmente Decano de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales y de la Representación, de la Universidad de Chile.

La sucesión de estas composiciones muestra la variedad lograda por la producción musical de nuestro país en un lapso que abarca desde la década de 1920 a la de los años 1960, estrecho marco en que se dan el romanticismo lírico y virtuosístico, de Soro; el colorido poematismo de raíz nacionalista en Allende, la búsqueda de una "nueva sensibilidad" en la vía del cromatismo wagneriano, de Leng; el vigor expresionista que parece continuar, ampliando la vía de Leng, en Santa Cruz; la eruptiva creación de Cotapos, llena de fantasía y premonición, y el juego colorístico extraído con depurada técnica y talento por Alfonso Letelier, de sus construcciones seriales.

Estos seis compositores muestran un encadenamiento en su trayectoria dentro de nuestra música, el que los vincula unos a otros, si bien no estilísticamente, al menos en su quehacer creador y su decisiva acción en las instituciones musicales que dieron base a nuestro presente.

Como muy bien lo definió la musicóloga Raquel Bustos en un estudio publicado en esta revista*, Enrique Soro es el compositor que establece con su obra las bases para distinguir el pasado y el futuro de la música chilena. Formado con sólido academismo, el músico chileno entrega la primera Sinfonía, el primer Cuarteto de cuerdas, el primer Concierto para piano y orquesta, que aseguran la existencia de un oficio musical en nuestro medio, y dan la base, el punto de partida necesario. Sea para continuarlo o para salirse de él, bajo el imperio de nuevos anhelos, los músicos chilenos tienen en la obra y actividad de Enrique Soro, no sólo la producción que llevó el nombre de Chile a los más importantes centros musicales de América y Europa, sino al pianista sobresaliente, al director de orquesta, al director del Conservatorio Nacional y al maestro que formó generaciones de músicos y ejecutantes nacionales. A su clase llegó un joven estudiante de Derecho, lleno de inquietudes creadoras. El maestro sonreía al recordarlo: "Cuando yo le daba como tarea diez ejercicios de contrapunto, el me tría veinte de vuelta, así era de trabajador". La tenacidad de Domingo Santa Cruz se manifestaba, como se ve, desde temprano. Pero mientras el maestro Soro enseñaba a construir las formas clásicas, que él mismo henchía con vehemencia de latino, su discípulo y los que con él tenían veinte años, declaraban que su sensibilidad no quería esquemas formales, sino libertad para manifestarse. Emulos en la distancia de aquel inconoclasta musical que fue Erik Satie, creador de las Piezas en forma de pera, Santa Cruz estuvo poco tiempo en la clase de Soro, antes que partiera a España, como Secretario de Embajada, pero también a tomar contacto directo con la Europa artística de la primera postguerra, con Ravel, Hindemith y Schoenberg, y el mundo de búsquedas armónicas que les rodeaba, con una nueva dimensión de los recursos del oficio musical. Pero Leng alcanzó solamente a estar dos meses en el Conservatorio, y ciertamente no se avenía con los rutinarios enlaces armónicos, pues a él le parecían más interesantes los que contravenían las normas académicas. Y en cuanto a Cotapos, ni siquiera entró a matricularse. Su fantasía inquieta le tenía demasiado ocupado todo el día.

Lugar aparte es el del maestro Humberto Allende. Parco en el hablar, más bien adusto, era sin embargo el músico que gozaba del colorido, el sabor y la vitalidad de lo criollo. Formado en nuestro Conservatorio Nacional con estudios completos hasta titularse de profesor de violín y de armonía y composición, en la parquedad de su comunicación con los demás iba elaborando interiormente los materiales de su visión nacionalista, apoyada en la búsqueda de un lenguaje armónico propio. En contacto con el

* Raquel Bustos Valderrama, "Enrique Soro", *RMCh*, XXX/135-138 (octubre-diciembre, 1976), p. 70.

mundo musical de la primera post-guerra, en sucesivos viajes de estudio, en su calidad de pedagogo, dio a conocer sus composiciones más señaladas, como *Las Escenas Campesinas* y *La Voz de las Calles*, que junto a las *Tonadas* para piano le ganaron elogios de personalidades europeas y su decisiva posición creadora en el país. El ejemplo de las búsquedas de Allende, guió al joven discípulo Alfonso Letelier en sus primeros trabajos como compositor, en los que la presencia del paisaje chileno y aún de la temática del cancionero campesino se manifiestan en natural enlace con la estilización armónica que le distingue en aquel período.

Alfonso Leng, buscando como otros jóvenes esa "nueva sensibilidad" que agrupó en el caserón de calle Santa Rosa al multifacético "Grupo de los Diez", (asociación de poetas, pintores, músicos y escritores hermanados por sus búsquedas de una estética renovadora), siguió el camino autodidacta. No estaba solo, ciertamente. Alberto García Guerrero estudiaba dentística como él, y Acario Cotapos pronto llegó al cenáculo. Todos leían partituras, de Wagner, de Mussorgsky, de Schoenberg, de Debussy y cada cual tomaba para sí el ejemplo, según su propósito o afán. Wagner, que la juventud de los años 1920 pudo admirar directamente al revelársele en los ensayos de "Parsifal" dado en el Teatro Municipal, parece ser la fuente que nutrió sus sensibilidades y les conmovió con su vehemencia. Alfonso Leng, leyendo el "Alsino", de Pedro Prado, se siente motivado y busca enlazar poesía y música, llevando a la orquesta la vivencia del personaje. El poema sinfónico *La Muerte de Alsino* es así una especie de manifiesto de esa nueva generación musical chilena, de ese nuevo sentir, libre, no académico, que al entregarse al público alzó también el nombre del nuevo director de orquesta chileno, Armando Carvajal, que en el futuro asociaría su nombre al Conservatorio reformado y a la Orquesta Sinfónica de Chile por él fundada.

Wagner está, indudablemente, presente también en el potente mensaje expresivo de Santa Cruz. Aquí en los *Preludios Dramáticos* de los años 50, se manifiesta con sinceridad elocuente, ya no tan presionado por redes contrapuntísticas. Es uno de sus momentos de liberación de esa constante rebeldía, de un impulso que le lleva a lo patético y al que ahoga en estructuras complejas, ricas de material hasta el exceso, como es el caso de las *Variaciones* para piano y orquesta. De Wagner a Schoenberg, a Hindemith, a Ravel, se van incorporando materiales que ciertamente no definen, pero sí sustentan el significativo edificio de la creación musical de Domingo Santa Cruz, que vivió el tormentoso período de 1920-1930 preparando la nueva institucionalidad musical que transformaría el proceso de la música chilena en este siglo, sin dejar de ser el compositor laborioso y tenaz, que dedicaba horas diarias a la creación musical, hurtadas al descanso de sus labores como decano, profesor e impulsador de las reformas de la enseñanza artística

universitaria, la creación del Instituto de Extensión Musical, de la Orquesta Sinfónica de Chile, del Ballet Nacional Chileno, del Coro de la Universidad de Chile, de los Conjuntos de Música de Cámara, de los Festivales de Música Chilena, de los Premios por Obra, del Instituto de Investigaciones Musicales, de la Revista Musical Chilena, y otros aspectos que conforman lo que con propiedad define Robert Stevenson como "La Música Chilena en el período de Santa Cruz" *.

Acario Cotapos se muestra entero en los *Tres Movimientos Sinfónicos*. Están allí los rasgos de su personalidad artística tan poderosa y original. Convivir con él era una fiesta para el espíritu, y ni aún la cruel inmovilidad de sus últimos años apagó nunca su sentido del espectáculo, que reunía a la charla desbordante, la mímica, las alusiones musicales casi siempre sonorizadas con la imitación de instrumentos, y la fantasía de sus historias imaginadas en París, Roma o Nueva York. Viajó mucho, conoció y fue respetado por los grandes del mundo musical y sus obras fueron ejecutadas en importantes centros artísticos. Sin embargo, Acario Cotapos fue nada más y nada menos que un intuitivo genial, cuyas creaciones sinfónicas desesperaban a veces a los directores, pero cuya audición sacudía con un vigor y un empuje incontenible, asociando visiones telúricas y fantásticas, en medio de un océano de sonoridades inéditas y audaces.

El disco que nos ocupa entrega los *Preludios Vegetales* de Alfonso Letelier, profesor de composición y ex-decano de la Facultad, una de sus composiciones del último tiempo, cuando el músico, ya dueño de su estilo, quiere buscar en los recursos serialistas un nuevo camino. Depura el estilo, va a lo esencial del timbre y el color armónico e instrumental, y construye estas estructuras cristalinas decantadas, con maestría de artífice.

Escuchar este primer volumen de la Antología sonora es, pues, recorrer un largo período de nuestra historia musical contemporánea, evocar la personalidad sobresaliente de sus creadores, contemplar un camino recorrido por personalidades que han dejado huellas en nuestra cultura. Presentes o ausentes, ellas están vivas en estas obras, que les definen con propiedad. Debe agradecerse a la batuta del maestro Victor Tevah, conocedor cercano de todas estas obras, muchas de las cuales le correspondió estrenar, el que ellas hayan sido ensayadas meticulosamente. Y así mismo es decisiva, en el caso de la obra de Enrique Soro, la cooperación valiosísima de la eximia pianista que es Herminia Raccagni, quien da a la parte solística del *Concierto* de Soro, la madurez interpretativa y el lucimiento técnico que el carácter de la obra exige.

* Robert Stevenson, "Chilean Music in the Santa Cruz Epoch", *Inter-American Music Bulletin*, 67 (septiembre, 1968), pp. 1-18.

Este primer volumen, que será seguido por un segundo dedicado a la Música Chilena de Cámara, llevará al público extranjero una visión de la música de nuestro país. Música de siempre, música que habla de un joven país americano, de su cultura, moldeada bajo el impulso europeo que nos dio idioma, fisonomía y valores; que creció y se desarrolló nutrida en la aspereza, de nuestra geografía, pero también con la variada belleza del paisaje, entre la altivez de la cordillera y la eternidad del mar.